

Esta disposición provocará la quiebra de la Compañía de Tierras de Ohio --cuyos principales accionistas eran George Washington, Richard Henry Lee y George Mason--, (1) bancarrota que favoreció a la Compañía Británica Mandalia. "Esta competencia despiadada --dice Herbert Aptheker-- continuó hasta los días de la revolución, de modo que, por ejemplo, los derechos de Virginia sobre lo que hoy es Kentucky y Ohio fueron amenazados, en 1774 por la Compañía de Walpole, la que contaba entre sus inversionistas a Lord Camden y al Conde de Hertford y que había sido apadrinada por George Grenville en persona, el mismo que fué primer ministro en el período de 1763 a 1765." (2) Esta situación de los plantadores y campesinos sureños fue la que obligó a decir a un rico terrateniente que "los intereses que debían pagar a los prestamistas ingleses eran tales que se veían obligados a vender tierra y negros para engañar el estómago de sus acreedores". Y Jefferson exclamó amargamente: "Estas deudas habían llegado a ser hereditarias durante muchas generaciones, de modo que los plantadores constituían una especie de propiedad anexada a ciertas casas de comercio de Londres".

De otra parte tenemos que, acuerdo a todos los registros, los jacobinos no eran, ni con mucho, mendigos. En realidad, en su gran mayoría procedían de la clase media.

(1) HERBERT APTHEKER: Op. Cit. Pág. 29

(2) HERBERT APTHEKER: Op. Cit. Pág. 29

Un notable estudio realizado a la fecha y que recoge Brinton demuestra que de 5,405 asociados a doce círculos existentes durante el período revolucionario 1789-95, el 62% de los miembros pertenecía a la clase media; el 28% a la clase trabajadora y el 10% eran campesinos. Igualmente, un estudio sobre los impuestos directos que se pagaban por ingreso, en ocho círculos de revolucionarios, establece que se pagaba un impuesto medio de 32,12 livres. Informaciones parecidas podríamos decir del caso ruso ya que la Revolución de Febrero fué apoyada por nobles liberales, funcionarios, banqueros, industriales, abogados, médicos y obreros.

Ahora bien, a qué nos conduce esta breve enumeración de hechos? A la ratificación de una verdad que ha ido surgiendo a lo largo de este ensayo: las revoluciones aparecen, no como una explosión contra el lucro y sus frutos sociales, sino por el contrario, como una manifestación política del lucro. Estallan cuando las clases dominantes consideran que el "statu quo" no ofrece ya seguridad a sus intereses o simplemente constituye un freno para el crecimiento de esos mismos intereses. Por ello, las revoluciones las conciben, preparan y dirigen los grupos social y económicamente dominantes. Es decir que, a diferencia de lo que preconizan los profetas, las revoluciones no son la expresión evidente de los vencidos por la captura de excedentes acumulados y defendidos por los sobrevivientes en período de la Habilidad, sino, a la iniciativa armada de los propietarios de excedentes cuando consideran que la incapacidad o deshonestidad de un gobierno y orden social determinados amenazan

anacrónica versión de aquellas costumbres rurales de las comunidades hesiódicas, y que concluyó en fracaso cuando se intentó convertirlas en sistema político en algunas ciudades griegas.

CAPITULO XVIII

LA LIBERTAD Y LOS REGIMENES POLITICOS

Dijimos antes que la teoría de considerar el concepto de la Libertad como derecho inalienable del hombre y, por lo mismo, elemento sustantivo de cualquier sistema de gobierno, es reciente. En realidad, forma parte de ese cuadro de principios poco compatibles con la realidad y con los que acostumbra vestirse --muy púdicamente-- nuestra Civilización, porque lo cierto es que los hechos demuestran que se trata de categorías que se niegan: en la medida en que se consolida un aparato de gobierno, bien sea por delegación espontánea de los gober-

nados o por imposición, la Libertad desaparece; del mismo modo, cuando en un orden social cualquiera la libertad amplía su campo de ejercicio, el Gobierno como entidad comienza a desaparecer.

Como hemos visto en el desarrollo de este estudio, siempre en las postrimerías del período de la Aptitud y en los inicios del período de la Habilidad, se apodera del hombre una creciente necesidad de libertad. Esta necesidad es un indicador de que se ha producido ya una acumulación de excedentes porque, previamente, han mejorado los instrumentos culturales de producción. Incluso se logra un imperio temporal de valores y logros libertarios, pero ocurre sólo durante el tiempo en que se mantengan equilibradas las variables población-disponibilidades. Tan pronto esa relación empieza a tornarse deficitaria, comienza a desarrollarse el aparato de Gobierno porque se impone la necesidad de distribuir el excedente a base de un orden cualquiera de prioridades. Entonces se inicia el exilio de la Libertad. Así ocurrió en Grecia, en Roma y en la Europa de las postrimerías del siglo XIX. Todo Gobierno tiende a ampliar su campo de poder. Todo aumento de su poder es al precio de la Libertad.

De allí la contradicción de nuestras presentes formas de gobierno con su propia matriz doctrinal. Tomemos, por ejemplo, la filosofía de la Revolución Norteamericana, redactada por Jefferson en la histórica Declaración de In-

dependencia y confrontémosla con los hechos sobre los que moralizaba: "Que todos los hombres fueron creados iguales; --dice el documento-- que están dotados por su creador de ciertos derechos inalienables; que entre ellos figuran el derecho a la Vida, a la Libertad y a procurarse la Felicidad. Que para garantizar esos derechos fueron instituidos los Gobiernos entre los hombres, cuyos poderes justos emanan del consentimiento de los gobernados. Que siempre que una forma de Gobierno tienda a destruir estos fines, el Pueblo tiene el derecho a modificarla o a abolirla, y a instituir un nuevo Gobierno, fundándolo sobre tales principios, y organizando sus poderes del tal manera, que le parezca la que mejor pueda garantizar su Seguridad y su Felicidad". Sobre esta manifestación el historiador norteamericano Herbert Aptheker dice: "es digno de atención el hecho de que, mientras se hablaba de igualdad, libertad y la búsqueda de la felicidad, 600,000 esclavos norteamericanos --esclavos de por vida, que transmitían su condición de tales a sus vástagos por línea materna-- trabajaban bajo el látigo. Uno de los hechos más penosos y al mismo tiempo más reveladores en la historia norteamericana es que el autor de la Declaración poseía esclavos".(1)

Vale destacar que estamos en presencia del primer gobierno en la historia de la humanidad que postula la existencia de unos derechos naturales al hombre; de unos valores éticos que son inherentes a la condición humana.

(1) Op. Cit. Pág. 111

Pero nuevamente vamos a ver cómo la Revolución insurge como una necesidad de los grupos dominantes ya sea para sostener el "statu quo, como en este caso de la Norteamericana o para imponer un orden social que ofrezca más seguridad a sus intereses, como lo fue el de la Revolución Francesa y como lo es, a 50 años de sus orígenes, la Revolución Rusa. Y esto lo examinaremos de inmediato, confrontando la teoría revolucionaria con los hechos y los frutos trascendentes de esas revoluciones.

Vimos antes cómo cuando Jefferson declara "que todos los hombres fueron creados iguales y dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, entre los que figura el derecho a la Vida y a la Libertad", no es que olvida, sino que deliberadamente ignora qué él era dueño de la vida y la libertad de sus esclavos y que la Revolución se empinaba sobre las espaldas de 600,000 esclavos. Apenas se inicia el proceso de la Habilidad, y ya se inicia al mismo tiempo el proceso de la desnaturalización y mengua progresiva del concepto de la Libertad y su ejercicio. Primero fue, desde luego, el control del gobierno y de los instrumentos de crear riqueza por parte de quienes con el triunfo de la Revolución consolidaron y mejoraron sus intereses. "Los plantadores sureños, que dominaban la vida económica, social y política de su región --dice el historiador norteamericano Harold Underwood Faulkner-- también habían conseguido el control del gobierno federal. Durante los 32 años que corrieron entre la elección de Jackson y Lincoln, con-

muy pocos, quizás ninguno de los 150,000 mineros en huelga, podría aspirar a engrosar el pequeño círculo de hombres que tienen bajo su poder la gran industria de la antracita." (1)

En estas palabras de Roosevelt presentimos ya una terrible verdad que adquirirá luego --en nuestros días-- una impresionante y sordida estatura.

Fijemos ahora la vista sobre otra de las grandes revoluciones de todos los tiempos: la Revolución Soviética. Con más de medio siglo de edad ofrece ya un cuerpo de realizaciones y consecuencias que permiten su evaluación y hasta la confrontación de sus logros con la teoría que le dió origen. Situándonos en esta perspectiva, contabilicemos cuál es el saldo que queda de las proclamas primeras, cuál fue el elemento determinante en su desfiguración óptica y cuál es la suerte que ha corrido la Libertad. Insistimos en el conflicto específico de la Libertad porque

(1) Citado por Antonio M. Molinari en "Por qué Muere la Libertad" - Librerías Hachette S. A., Buenos Aires, Pág. 285

en nuestro siglo, al igual que ocurriera en el VII A. C. y en los siglos II, III y IV con la búsqueda e imploración de Justicia, la Libertad, decimos, ha sido definida por los profetas revolucionarios de los siglos XVIII y XIX, así como por intelectuales y científicos, como la razón primera de todo orden social y como categoría ontológica del ser humano. La investigación que hemos realizado indica que esto es falso. Tanto la Libertad como la Justicia sólo han sido en el pasado y aún en la actualidad fugaces expresiones éticas de los aún más fugaces momentos de equilibrio entre las magnitudes variables población-disponibilidades.



Este ciclo fatal también se cumplió en la Revolución Francesa, donde las proclamas originales de Libertad terminaron en las guillotinas y bajo las bayonetas napoleónicas; del mismo modo, los Derechos Universales de la Revolución Americana, han terminado sus días en los siniestros conciliábulos del Pentágono y la CIA. Veamos ahora qué ha sido de la Libertad en el mundo que la Revolución comunista-científica alcanzó para la humanidad de los vencidos.

En la obra antes citada del Dr. Molinari (1) hay una preciosa descripción de ese escurridizo y cautivante momento de libertad que llegan a vivir algunos pueblos, y que surge, precisamente, cuando por razones de transformaciones siempre revolucionarias, se produce una transitoria acumulación de excedentes. "Europa, bajo el signo de la libertad --nos dice-- progresa más que en todas las épocas juntas de su agitada Civilización. La población, de 190 millones en 1800 supera los 450 en 1900 y llega a los 500 en 1930... Es una población que se nutre normalmente y que, en gran proporción, sabe de los halagos de la vida. El espectro del hambre, esas hambres periódicas e implacables que fueron el ezote del mundo europeo, se disipa por aquellos años, en forma, al parecer, definitiva. El occidente se convierte en una vasta comunidad de producción y abundancia y el comercio libre suple, con diligencia que supera infinitamente el paternalismo de los gobiernos, las carencias de cualquier país... La vida se torna fácil, amable, propensa a todas las emociones del espíritu, pues se han satisfecho las necesidades apremiantes e inaplazables del hombre y a la incertidumbre de antaño, la ha sucedido la seguridad, la cual libera al europeo de esa obsesión que lo abrumaba tras la búsqueda cotidiana de su magro sustento. Pero, además, se trabaja menos, y se prolonga, así, la existencia." Y líneas adelante, el

(1) Págs. 234, 236, 237

autor, agrega: "Todo ello implicaba la victoria regocijante del hombre, en alas de la libertad, contra las fuerzas hostiles de la naturaleza, el hambre, el frío, la pobreza, la enfermedad. La actividad humana no conocía límites y sus resultados y posibilidades se vislumbraban prácticamente infinitos". Ahora, preguntémosnos, dónde desembocó ese optimista y jubiloso cuadro que se nos acaba de dibujar? Volvamos a las palabras del mismo autor: "El eterno conflicto entre la libertad y la autoridad... no logró ser eludido en la subyugada Europa, ni aún en el venturoso siglo XIX. Los presuntos intérpretes de la voluntad nacional, acollarados en el principio de la jefatura estatal, intentaron... convertir la independencia espiritual de los seres humanos en el delito de alta traición, intimidando para ello a los pueblos y persiguiendo a sus hombres de pensamiento".

Todas las esperanzas de una liberación total de la clase obrera europea, que durante el siglo XIX mantuvieron en las orillas de un permanente colapso el orden social europeo, se materializaron en la Revolución Soviética. Ahora bien; cuál fué la definición teórica del nuevo orden de las barricadas libertarias? Oigámosla: "La mejor forma de gobierno --aseguraba Lenin-- es el despotismo ilimitado, entendido como régimen, no a favor de los gobernantes y de los opresores, sino exclusivamente en beneficio de los oprimidos y tras el consentimiento de ellos. La de-

nocracia y la libertad son cínicas invenciones de la burguesía, prejuicios cretinos". Han pasado más de 60 años desde que fueran escritas estas palabras y medio siglo de Revolución triunfante. Cuál es el balance que puede ofrecernos la inevitable confrontación entre las visiones de los profetas del socialismo científico y el constructor del primer estado socialista? Algunas respuestas las podemos encontrar en el Discurso Secreto que Khrushchev pronunció ante el Congreso del Partido Comunista Soviético en Febrero de 1956. "El culto al individuo --dijo refiriéndose a Stalin-- provocó una grosera violación de la democracia interna del partido y del Soviet, administración estéril, desviaciones de todo género, encubrimiento de las negligencias y mixtificación de la realidad. Nuestra Nación engendró muchos adúladores y especialistas del falso optimismo y del engaño. Tampoco debemos olvidar que, debido a los numerosos arrestos de dirigentes del partido, del Soviet y de la rama Económica, muchos obreros comenzaron a trabajar con incertidumbre.... asustados hasta de sus propias sombras... Son de lo más monstruosas... las deportaciones en masa de sus lugares de origen --ordenadas por Stalin-- de naciones enteras, comprendidos comunistas y Komsomoles sin ninguna excepción... Se comprobó --sigue diciendo Khrushchev-- que de 139 miembros y candidatos del Comité Central del partido elegidos en el Décimo Séptimo Congreso, 98 personas, esto es, el 70%, fueron arrestadas y fusiladas...."

Podríamos seguir este largo discurso que es una trágica respuesta a quella pregunta, pero las citas consignadas son elocuentes para ofrecernos una idea sobre el valor del saldo que buscábamos. "Al principio --nos dice Isaac Deutscher-- el partido único todavía permitió libertad de expresión e iniciativa política cuando menos a sus propios miembros. A continuación, la oligarquía gobernante los privó de esa libertad; y el monopolio del partido único se convirtió en realidad en el monopolio de una sola facción, la facción estalinista. En la segunda década de la revolución el monolito totalitario adquirió forma. Por último, el régimen de la facción única se convirtió en el régimen personal de su jefe;" (1) Pero analicemos la realidad actual de la Revolución Soviética a la luz de uno de los elementos básicos de su realidad esencial, de su naturaleza óptica: su condena del lucro.

Al igual que los primeros padres de la Iglesia que condenaron el lucro, así también, los profetas e ideólogos del comunismo condenaron el lucro denunciando sus expresiones más generalizadas: la propiedad y la acumulación capitalista. Y así como el cristianismo trató a lo largo de un milenio de producir un hombre que fuese lobo del hombre, el comunismo soviético trató de substituir al hombre económico de la Revolución Industrial, por el hombre ideológico de la Revolución Comunista. Ahora bien, cabe preguntarse,

(1) ISAAC DEUTSCHER: "La Revolución Inconclusa" - Ediciones Era- Pág. 42

cuál es el hombre que ha producido la sociedad comunista? Qué tipos de estímulos lo mueven a la creación y a la producción?

Hasta el presente hemos visto que la Civilización Occidental ha sido sostenidamente impulsada por los incentivos materiales, especialmente por los rendimientos del lucro. Contra esta actitud luchó el cristianismo y a las ansias de utilidad que animaban al hombre antiguo, enfrentó un cuerpo de valores místicos. Sin embargo, este portentoso esfuerzo naufragó aparatosamente con la aparición del hombre económico. Veamos cómo ha respondido a este mismo problema el campo comunista.

Es natural que, si la Revolución nace como acción contra la propiedad privada, su existencia social no puede estar condicionada ni estimulada por incentivos materiales, ya que ésta, la propiedad privada, no es más que el fruto de una concentración de excedentes.

Ya en los orígenes de la Revolución este conflicto se plantea. Acosado por la exigencia agresiva de los campesinos, Lenin, que unos años antes había declarado "queda inmediatamente abolida, sin ninguna indemnización, la propiedad de la tierra", se vio obligado a proclamar su respeto por la propiedad privada y a restaurar el comercio libre, mientras la Oposición Obrera denunciaba tales cosas como una traición al socialismo y clamaba por la igualdad... Lenin, en sus últimos años, intentó resolver el dilema pacíficamente, por medio de la Nueva Política Económica y u-